

PARECE QUE FUE AYER... Como pasaron la Nochebuena de 1930 el Presidente y las personas más destacadas de la República



Hace un año, el Presidente de la República era un preso político que, en la cárcel de Madrid, celebraba la Nochebuena lo más alegremente posible con sus compañeros.

Vengo a la mesa por acompañarles a ustedes, pero apenas voy a cenar.

—Ya será algo menos, don Niceto...

—Sí. Claro que probaré estas exquisiteces; pero, desde luego, sólo voy a tomar una cosa ligerita..., ligerita.

—Vamos— comenta Palomo—: que lo que quiere usted es comerse una liebre. ¿No es eso?

Chiste va y chiste viene, ha transcurrido la cena, y los presos cada vez están más contentos. Algunos, al empezar, parecían un poco melancólicos. ¡Esta noche!... ¡Su casa!... ¡Los chicos! El recuerdo, vivísimo aún, del fracaso... Pero el champán ha conseguido matar cualquier resto de pesimismo.

Se ha brindado por todo: por la República,



En los días fríos de fin de año, los presos políticos van siguiendo la calefacción solar a lo largo de los muros de la prisión.

EN la galería de presos políticos de la Cárcel Modelo se ha instalado una mesa grande y bien servida. Esta noche es Nochebuena, y por este motivo, a los revolucionarios se les hace objeto de un trato de favor.

Van a cenar todos juntos y después podrán estarse charlando hasta la hora que les apetezca. Muy tarde, probablemente, porque la cena promete ser larguísima.

La galería está ocupada casi totalmente por enormes montones de comestibles. Tartas de mil formas y tamaños, latas de conservas, pollos, perdices, pavos. Hay allí de todo lo que pueda apeteecer el estómago más refinadamente glotón. Las familias y los amigos de los presos han hecho caer esta tarde sobre la cárcel una verdadera nube de manjares delicados. Antonio de Lezama y el hoy gobernador de Madrid son los primeros en llegar a la mesa.

—¡Cómo se va usted a poner, Palomo!

—Eso será si nos deja don Niceto. ¿Usted ha visto el apetito que se le ha despertado hace unos días? Yo no sé...

No termina la frase, porque don Niceto, campechano y jovial como siempre, acaba de hacer su aparición en la galería.

—Pero, hombre, Palomo, ¿por qué me calumnia usted? Precisamente ahora le venía diciendo a Albornoz que esta noche me siento un poco molesto del estómago.



En la cárcel de Madrid fué en extremo regocijada la Nochebuena. He aquí a los que meses más tarde habían de ser Presidente y ministros de la República, reunidos a cenar con sus compañeros de prisión.

por la Revolución, por los compañeros escondidos o presos, y fatalmente ha llegado un momento triste. El recuerdo de Galán y García Hernández nubla las frentes de todos. A punto ha estado de aguarse la fiesta. Pero no hay más remedio que reaccionar.

EL NÚMERO DE CANTE JONDO, A CARGO DE DON FERNANDO DE LOS RÍOS

Qué bien estará Triana cuando le pongan al puente banderas republicanas.

Don Fernando de los Ríos se ha arrancado por "soleares", y la concurrencia aplaude, entusiasmada y frenética. Nadie imaginaba que la cena tendría este final ni que el sabio profesor disimulaba, bajo su doctísimo aspecto, un *cantaor* del más puro estilo.

—Otra, don Fernando...
—“Medias granainas”...
—“Fandanguillos”...

Estampa

Cada uno pide una cosa y todos quedan encantados, porque el futuro ministro de Justicia está de lo más complaciente.

El y don Niceto parecen dos chicos. Por una vez han dejado sus habituales preocupaciones y la seriedad, que les hace ser un poco padres de todos los presos, y rien como quizá no han reído hace ya muchos años.

Entre copla y copla se habla algunas veces de la Revolución. Pronto... Quizá dentro de unos días... ¿Quién sabe?

Don Fernando se arranca de nuevo por "so-leares":

Permita Dios que te veas
como se vió Novaliches
en el puente de Alcolea...

Los aplausos deben de habérselo oído en la Puerta del Sol. Alguien recomienda que es preciso moderarse un poco.

—Señores, que estamos en la cárcel.

—Bueno; pues si no están conformes con el ruido, que hagan lo que se hace en estos casos. ¡Echarnos!—contesta un guasón.

—¿A que no?—dice otro más guasón todavía.

Para que descansé un poco don Fernando se

organiza un intermedio festivo a cargo de Maura y Emilio Palomo, pero inmediatamente se suman otros simpatizantes.

Todos tienen algo divertido que contar. Pero ya es muy tarde y habrá que ir pensando en marcharse a dormir.

—La despedida, don Fernando.

El profesor tose, se atusa la barba, igual que si comenzase a explicar una lección de Derecho Político, y, más del corazón que de la garganta, le brota esta "tontería" de *media granáina*.

Viva Graná, que es mi tierra;
viva el puente del Genil,
la Virgen de las Angustias,
la Alhambra y el Albaicín.

Ha terminado la Nochebuena de los presos. Grandes abrazos, muchas esperanzas para el mañana y una emoción en el ambiente... que hasta se ha conmovido Largo Caballero.

LA NOCHEBUENA DE MARCELINO DOMINGO

Para el ministro de Instrucción Pública no fué tan alegre la Nochebuena como para sus amigos. Desde el día doce de diciembre vivía escondido en una casa de la calle de la Madera. Muy

Marcelino Domingo
no pudo terminar la
comida de Noche-
buena, atormentado
por el recuerdo
de Fermín
Galán.



En la cena de Nochebuena estuvo Marcelino un poco triste. Todos le abrumaban con sus amabilidades.

—Coma, don Sebastián.

—Beba, don Sebastián.

—¿Qué le pasa a usted, don Sebastián?

—Nada; si estoy muy bien con ustedes. Lo que ocurre es que es la primer Nochebuena que paso fuera de mi casa y, naturalmente, me acuerdo de mis chiquitines.

Mentía para engañar a aquella gente que tantas amabilidades tenía con él. Desde el día catorce, Marcelino Domingo vivía obsesionado por el recuerdo de su amigo Fermín Galán. En aquellos momentos de regocijos familiares se le aparecía la figura de la madre del héroe, enlutada y tristesísima.

De pronto, un joven invitado de la casa vino a turbar sus meditaciones.

—Esta tarde he estado en la cárcel—empezó diciendo—. Ahora va mucha gente para ver a los presos políticos, ¿y qué dirán ustedes que se daba por seguro allí?

—Algún "bulo" como los de todos los días—contestó el dueño de la casa, mirando de reojo a Domingo.

—Pues decían—continuó el muchacho—que Prieto sale esta noche de Bilbao con doce mil hombres sublevados hacia Madrid.

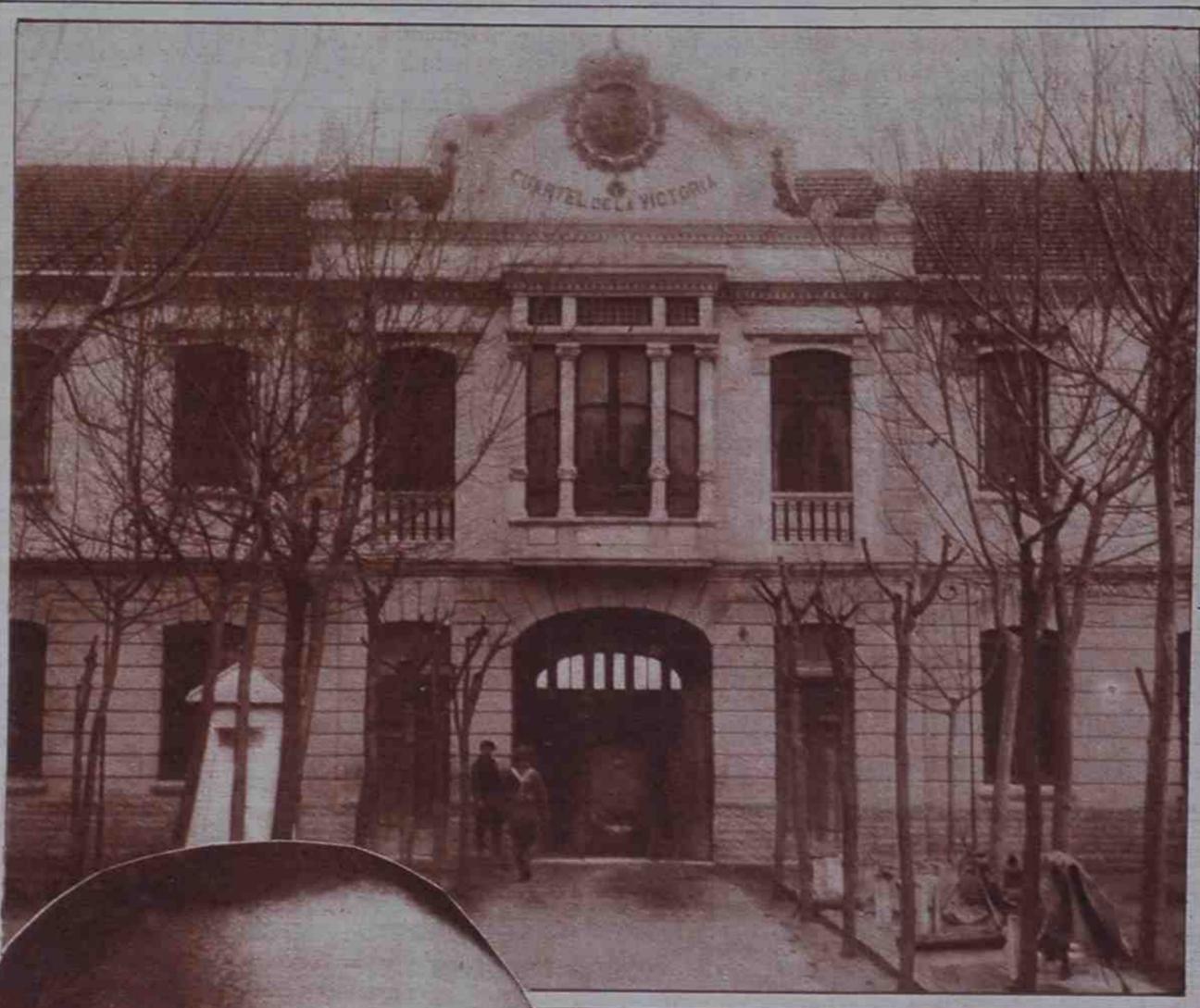
—¿Nada menos?—dijo don Sebastián, hundiendo instintivamente la cabeza para que no advirtieran los colores que le habían salido a la cara.

—Decían más. Que en Burgos esperaba Sánchez Román con otros doce o quince mil. A lo mejor es verdad. Yo creo que la revolución es cosa de unos días. ¿Usted qué opina de esto, don Sebastián?

Don Sebastián volvió a mentir, esta vez con un cinismo escalofriante.

—A mí nunca me ha interesado la política.

Poco rato después se retiró con el pretexto de que le dolía la cabeza. Apenas pudo dormir en



El Cuartel de la Victoria, de Jaca. Ahí dentro, metido en un calabozo obscurísimo, pasó la Nochebuena Casares Quiroga.

pocas veces había salido de casa. Sólo dos o tres, con objeto de ver a los compañeros de conspiración que no estaban presos y cambiar impresiones sobre lo que se debía hacer en aquellos momentos gravísimos.

Nadie, excepto el dueño de la casa, sabía que aquel señor de la boina y el bigotito era Marcelino Domingo. Para todos, el huésped se llamaba don Sebastián, y había llegado de Barcelona a pasar en Madrid unos días.

—¿Has visto qué raro es este don Sebastián?—oyó que se decían una a otra las criadas—. Desde que está aquí no ha salido más que dos veces, y siempre de noche.

—Es verdad; se ve que tiene aficiones de murciélago. Sin embargo, recibe visitas. A mí me da en la nariz que aquí hay algún lío.

Don Sebastián procuraba hablar con ellas de vez en cuando para aclararlas el misterio. Poco a poco se fueron desvaneciendo las dudas. ¡Bien simpático que era don Sebastián!

Casares Quiroga pudo comer nueces y turrón el día de Nochebuena, gracias a un centinela simpatizante.



Azaña se juega el todo por el todo, y, burlando la vigilancia de los policías, penetró en su hogar para pasar la Nochebuena con su mujer.

toda la noche. ¿Cómo la estarían pasando los presos? ¿Habría algo de verdad en el "bulo" que trajo el muchacho? ¿Sería posible la revolución en plazo breve? Todas estas interrogaciones y muchas más le martilleaban el cerebro. Pero lo que más le apenaba, lo que de verdad le impedía conciliar el sueño era la imagen de una mujer vestida de negro, llorando por el hijo recientemente fusilado.

CASARES QUIROGA COMIÓ NUECES Y TURRÓN

Cuando llegó el día veinticuatro de diciembre hacía ya muchos que Casares Quiroga estaba encerrado en un calabozo inhumano del Cuartel de la Victoria. Para los presos de Jaca no hubo trato especial el día de Nochebuena. Cada uno permaneció en su celda, rigurosamente incomunicado. Pero Casares tenía un vecino. En la celda de al lado estaba, hacía dos semanas, igual que él, un joven madrileño de los que fueron a Jaca a esquiar. Cada uno, desde su camastro, daba golpecitos en la pared, y hasta, algunas veces, aprovechando descuidos de los centinelas, podían hablar a través del tabique.

Aquella tarde, al desenvolver la ropa limpia que le acababan de traer, notó Casares que algo duro caía al suelo.

Lo cogió: era un trozo de turrón. Su primer impulso fué morderlo, porque tenía hambre. Pero se contuvo. ¿No convendría más preguntar al centinela? Asomó la cabeza por entre los barrotes de la reja, pero no vió a nadie. El centinela había desaparecido, sin duda por unos minutos. Corrió al tabique y lo golpeó discretamente con los nudillos. El compañero respondió en seguida con otros golpecitos.

—Valseca—dijo Casares con voz tímida.

—Al aparato—contestó bromeando el otro incomunicado.

—Oiga usted. Entre la ropa me han traído un trozo de turrón, al parecer comestible. ¿Usted sabe a qué obedece esto? ¿Nos querrán envenenar? Yo voy a comerlo, pase lo que pase.

—No tiene nada de particular. Yo también lo he recibido. Parece ser que, aunque nosotros no nos hemos dado cuenta, hoy es Nochebuena. El

pañía que alguna que otra cucaracha, se comió el turrón y las nueces que le había traído aquel centinela sentimental.

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO PASÓ LA NOCHEBUENA EN SU CASA

A pesar de que la gente aseguraba que don Manuel Azaña pasó la frontera a raíz del fracaso del movimiento, lo cierto era que no había salido de Madrid. De vez en cuando salía del escondite para ver a su familia y a algunos amigos. Por las noches paseaba, envuelto en su capa, por el Madrid viejo. Sólo le faltaba ir al café y al Ateneo para que su vida fuese igual a lo que hacía en tiempos de normalidad.

El veinticuatro por la noche, completamente solo, como iba siempre, estuvo Azaña paseando por los alrededores de su casa. El sereno permanecía sin moverse, muy próximo al portal, en el que don Manuel trataba de entrar sin ser visto. De pronto, el vigilante nocturno se acordó de que era Nochebuena, y tarareando una cancioncilla se introdujo en una taberna de la esquina inmediata.

—¡Ahora o nunca!—pensó el señor Azaña, y apresurando el paso llegó en seguida a la puerta de su domicilio. Dos vueltas de llave, otras dos en el piso y se encontró entre los suyos el número uno de los conspiradores, dispuesto a pasar la Nochebuena apacible de un buen burgués.

A la noche siguiente salía de su casa don Manuel Azaña, envuelto en su capa y con las mismas precauciones con que había entrado.

PRIETO, EL DÍA DE NOCHEBUENA ESTABA EN BILBAO Y SE LLAMABA DON ROQUE

No había absolutamente nada de cierto en el "bulo" que corrió por la Cárcel de Madrid el día de Nochebuena. Prieto estaba en Bilbao, pero, desgraciadamente, no le era posible intentar nada eficaz. Metido en su escondite, esperaba el momento de poder pasar la frontera.

Desde el día catorce de diciembre, Indalecio

turrón nos lo mandan, sin duda, los otros presos que no están incomunicados.

—¡A c a b á r a m o s ! ! . . .

Pues voy a comérmelo en seguida. Adiós, Valseca. Felices Pascuas.

—Igualmente, Casares...

En este momento se abrió la puerta, dando paso al centinela. Casares mordió el turrón haciéndose el distraído. ¿Le habrían oído hablar con Valseca?

El centinela no dijo una palabra. Se acercó al preso, le estrechó la mano y salió precipitadamente, dejando un pequeñísimo paquete sobre la cama.

—¡Qué cosas más raras pasan hoy!—pensaba Casares.

Después cogió el paquetito y lo abrió. Dentro había una peseta y cuatro nueces, envueltas en un papel que decía así: "Yo también soy gallego, y de los suyos. Le doy lo único que tengo. Felices Pascuas."

Casares se sentó tranquilamente en la cama, y sin más com-

Prieto se llamaba don Roque, pero ni cambiando de nombre, de ademanes y de indumentaria le era posible disimular su personalidad. En Bilbao le conocía todo el mundo; no había, pues, más remedio que marcharse, y en seguida.

Apenas se enteró don Roque de que era Nochebuena. Es verdad que cenó con unos amigos, y muy bien, por cierto, porque don Indalecio no pierde el apetito así como así. Pero muy temprano se retiró a descansar y apenas tuvo tiempo en toda la noche de pensar en otra cosa que no fuese su próxima fuga. Al día siguiente saldría de Bilbao en una lancha de pescadores para no volver hasta que España le necesitara.

HA PASADO UN AÑO

Todo esto me lo han contado los presos de ayer hace poco días.

Ya son ministros, diputados, directores generales y hasta uno de ellos ha conseguido la más alta dignidad a que puede aspirar un español. Sin embargo, lo recuerdan con gusto. Poco a poco, se van apiñando en los pasillos del Congreso, hasta formar un grupo numeroso.

—Nunca lo volveremos a pasar como entonces—dice Maura en tono melancólico.

—Parecerá increíble, pero es así. ¿Qué bien pasamos la Nochebuena en la cárcel todos juntos!

—Pues yo la pasé solo, con mis nueces y mi turrón—afirma Casares—, pero más descansado y más tranquilo que este año.

—Para mí fué una noche tristísima—asegura este señor menudito y bondadoso que hace un año se llamaba don Sebastián.

JOSEFINA CARABIAS

El día de Nochebuena, Prieto se hallaba en Bilbao. Se hacía llamar don Roque, y planeaba la huida a Francia.

